

Se persigue un ámbito primigenio, aún interiorizado ("Cuánto edén en el alma", 15), cuyo origen es la tierra:

Está hecha de greda rumorosa la especie.
De inerme tierra frágil cada hueso del hombre.
De leve y vasto barro el corazón temblante
de esa honda y antigua soledad que nos llaga.

("Conjuro entorno", 15).

Esta confusión que rodea la nada, así como la enumeración progresiva de animales y plantas nos conducen al Génesis, en cuya descripción del origen del universo se inspiran los versos del poeta castellano-manchego: "Al principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra estaba confusa y vacía y las tinieblas cubrían la haz del abismo, pero el espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas" (Gén.I); "Modeló Yavé Dios al hombre de la arcilla y le inspiró en el rostro aliento de vida, y fue así el hombre ser animado" (Gén.II).

Como el pasaje bíblico, el poeta es un dios que moldea su obra artística; bucea en su interior hasta hallar el espacio puro de la inspiración poética, alejado de influencias externas. Es la fase de búsqueda de unos cimientos sobre los que iniciar la construcción ("Aún me queda/ kilómetros de siglos por hacer/ hasta la dicha entera que me grita/ igual que una ribera milagrosa/ en la que ser final, más aún sin tónicas", 18). El estímulo, no conseguido todavía, se evade tras la evanescencia de un haz luminoso.

En el recorrido desaparece también el caminante actual para transformarse en un nuevo Adán inmerso en la naturaleza balbuciente:

Oh, el cristal de mis ojos casi herido
por este viento arcano y ya tan terso.

Oh mis frágiles dedos, rama verde
de tiernos niños árboles en susto.

Oh vacilantes pies, primera greda
apenas sosteniéndome los sueños.

("Frágil poderío", 25).

Es una figura consciente de su debilidad y pequeñez -captatio benevolentiae-, pero con deseos vehementes de aprovechar su "frágil poderío" para convertirse en artífice de su obra.

La nada abrió esta parte y se finaliza en el mismo estado ("¡Se es nada, nada por mucho tiempo!", 28), mas con una incierta luz perseguida por unas manos, símbolo metonímico del escritor.

Tras el vacío irrumpe con fuerza el principio de un nuevo ser en "Vísperas del nombre". Desde el verso primero se apela a un tú de naturaleza verbal, aún no materializado ("Llega antes tu nombre de que llegue tu cuerpo", 32). Y el dios-poeta se convierte en alfarero de su imaginable presencia a través de una serie de verbos de construcción que sustituyen a los anteriores de movimiento ("labrarte", "cincelado", "construirte", "tallar", 33).

El autor se cuestiona -"¿Podré algún día conocerte cabal?"- la posesión de la palabra perseguida pero todavía no concreta -"pre-existente y azul, celeste eres"-, mientras bucea en el origen verbal, es decir, en el momento en que ni siquiera existía la asociación entre significante y significado: